

—¿No puede quererme un hombre honrado?

—¿Con una dote? ¡No!

—Pero ¿y sin dote?

—Sin dote, el hombre honrado que os pretendiese no haría bien, á menos que no fuese muy rico.

—Porque no sé hacer nada y porque soy una sultana, ¿verdad? Comprendo; pues bien, entonces renuncio al matrimonio, pero quiero irme de aquí. Cien veces he estado á punto de hacerlo, y ahora estoy resuelta.

—¿Y dónde iréis?

—Á cualquier parte donde pueda trabajar sin deber nada á nadie.

—¿Trabajar en qué?

—Es verdad, no sé hacer nada. Sin embargo, hablo español y francés.

—No tan bién como Dolores, y está sirviendo.

—Mi madre ganaba su pan iluminando estampas. En París se vive con nada cuando gusta la vida que allí se hace, porque el placer de estar en él lo compensa todo. Sí, volveré á ser obrera y me consideraré muy dichosa.

—Sí, con tal que tengáis algún dinero, os irá muy bien hasta que encontréis el amor que os ensalzará tal vez, pero que tal vez también os arrojará en el lodo..... Vuestros proyectos no son razo-

nables. Habéis vivido demasiado en el lujo para pasaros sin él. Además, vuestra salud está muy quebrantada para que podáis soportar una vida de privaciones. ¿Queréis un consejo?..... pues no decidáis nada; tened valor y consultad francamente á sir Ricardo. No le ocultéis ni vuestra enfermedad, ni vuestros pesares, ni nada. En él solo debéis poner toda vuestra confianza, puesto que él solo puede aceptaros por esposa ó hacer su adopción menos triste para vuestro espíritu y menos perjudicial para vuestra salud. Mañana ó pasado os escribirá sir Ricardo, de seguro, confirmándoos la promesa de volver pronto.

Creí decir la verdad, pero el Sr. Brundel no escribió, y durante quince días continuó aquella situación.

X.

Desde que el mundo es mundo, un hombre á quien una mujer bonita confía sus penas es un hombre expuesto á caer en la tentación, expuesto á ser vencido. Al principio censuré en mi interior al Sr. Brundel por su silencio; después llegó á inquietarme, y por último tuve el egoísmo de ale-

grarme. Me parecía que aquello significaba claramente una ruptura con su Elena, y que había sir Ricardo conquistado su libertad de casarse para legitimar alguna antigua pasión cuya existencia no sospechaba Manuela. Hice una especie de minuciosa requisitoria en que confronté sus respuestas con las de Dolores, resultando de ellas que sir Ricardo no había hablado nunca de matrimonio.

Quedaba la promesa que realmente había hecho de no casarse con nadie. ¿Podía ésta considerarse como un compromiso irrevocable? ¿Se acordaba de ella sir Ricardo? ¿Consideraba como deber de conciencia sacrificar su vida por favorecer á aquella pobre joven?

Llegó un momento durante aquella terrible quincena, en que me encontré completamente desanimado. Manuela estaba cada vez más enferma, y empezaba á temer la invasión de un mal serio. La joven no se ocupaba de su salud, y yo la reñía con bastante dureza, pero con una animación que no pasaba desapercibida para la maliciosa Dolores. Sin duda cuando yo no estaba delante comentaba todas mis palabras, haciendo que su ama las interpretase como confesiones involuntarias.

Una noche que estábamos solos en el *boudoir*, noté que á todos mis reproches sonreía, mirándome

me con ternura como si le hubiese dicho las cosas más agradables del mundo. Tuve miedo, y cada vez fuí haciendo más amarga mi ironía, llegando á ser hasta grosera.

De pronto, no sé qué dije, que sentí sus dos brazos flexibles alrededor de mi cuello.

—¿Me odias mucho?—dijo la joven inclinando su mejilla hacia mi rostro.

—¡Desgraciada! callaos—exclamé—ó creeré.....

—Cree lo que quieras—replicó la joven precipitadamente y con voz apasionada;—pero escucha, no quiero sufrir ni luchar más. No es á Ricardo á quien amo; le he amado, ya te lo he dicho, y todo cuanto me hayas oído es verdad, porque yo no tengo imaginación para inventar nada; pero ya no me acuerdo de ese amor, como si jamás hubiese existido. Este amor no me ha hecho cometer la más leve falta, dejándome pura y siendo una pasión de niña que nunca me reprocharé, porque me ha preservado de mí misma y ensalzado á mis propios ojos..... Mirame, soy buena y dulce; aun soy bonita, y tal vez estoy destinada á ser una buena esposa, si se mezcla en mi vida un poco de felicidad. No he amado apasionadamente á nadie, ni á nadie he pertenecido. Tengo un tesoro de ternura y de pasión reservado para aquel que me ame sin-

ceramente... ¿Quieres amarme? ¡Responde!.... Me amas, lo sé, lo veo, lo siento. Tu cólera, tu ironía, tu sarcasmo es una llama que ha salido de tu pecho y que me ha envuelto á pesar tuyo y también á pesar mío. Es necesario amarse ó morir. No te defiendas más; sé como yo, que me entrego y me confieso vencida.

Yo me defendía enérgicamente.

—¡Callaos, por Dios, callaos!—le dije.—Esperad para hablarme así á que sir Ricardo esté presente, y si es verdad que él no piensa ni ha pensado jamás.....

Manuela puso sus dos manos en mi boca.

—Es preciso decirme me que amáis, ó no decirme nada—replicó con resolución.—No tenemos necesidad del permiso de sir Ricardo, porque es demasiado bueno para no aprobar vuestra conducta, y os conoce y estima en mucho; ¿pero cómo queréis que yo le abra mi corazón, si vos no me entregáis el vuestro? Vamos, una palabra divina ¡te amo! eso es todo lo que pido. ¿Está sellada tu boca, ó es impura la mía para que no podamos decirlo juntos? ¿Qué temes de mí? ¡Habla!

—Lo temo todo—exclamé—y más que nada....

—¡Ah, sí, ya sé! Los beneficios de sir Ricardo y la dote que me destina. Un hombre honrado no

aceptará eso jamás; tú lo has dicho en un momento en que dudabas de mí; pero ahora lo sabes, lo ves muy bien, que no he sido suya ni de nadie. Ricardo tiene derecho á tratarme como si fuese su hija natural, y es necesario que yo acepte sus beneficios, pues que no sé hacer nada para asegurar mi existencia.

—¿Y mi honor?—le dije temblando y con la frente empapada en sudor.—¿Quién más que yo creará que has vivido con él y llevado su nombre sin ser su querida? ¿Quién creará que he rehusado el dote como pago de mi vergüenza?.... ¡No, no, mi madre y mi hermana se avergonzarían de mí. No os amo, no quiero amaros, no quiero deshonorarme!

Oculté el rostro entre mis manos para no ver el de Manuela, que estaba radiante, irresistible, bajo la influencia de la pasión.

Sostenía un combate horrible en mi interior. Me veía envilecido por mis deseos y no podía desearlos ni huir de aquella casa maldita, salvando mi conciencia y mi dignidad.

Hubo un momento de silencio. Por fin la joven se levantó, y poniendo sus dos manos sobre mis hombros, dijo con tristeza:

—Sí, tienes razón; no puedes, no debes casarte

connmigo. Estoy perdida y no puedo colocarme entre las mujeres honradas..... ¡estaría escrito! He vivido como mi cotorra, sin pensar en nada y sin saber adónde me conduciría mi voluntaria esclavitud. He consentido en ser la odalisca que nunca puede elevarse á la dignidad de la mujer legítima..... ¡mía es la culpa! Pues bien, no seas mi marido; pero ámame puesto que ya sabes que estoy pura y te adoro. No te pido más que amor. Todo lo demás nada me importa. Más te digo: sé que no me amarás bien, que tendrás siempre sospechas y celos insensatos; que tus palabras serán crueles muchas veces y te dejarás dominar por arrebatos de odio y de furor. Ya he visto lo que pasa en tí, y todo lo espero con la mayor resignación. Amame como puedas, y me consideraré dichosa, porque mi vida tendrá un objeto y habré vivido para alguien. ¡No ves que me da miedo vivir sólo para mí misma!

Yo había levantado la cabeza y la miraba. Jamás la sinceridad había hablado con una convicción tan entusiasta y tan profunda. Cai á sus pies y la contemplé en silencio. Su belleza estaba como divinizada por el heroísmo del verdadero amor. Con su palidez mate, que el reflejo de la luna hacía azulada, sus grandes ojos negros surcados por

el sufrimiento y su sonrisa extática, parecía uno de esos mártires que la pintura española ha sabido colocar entre los martirios de la vida y las delicias del cielo.

—Soy tuyo—le dije—has vencido, te pertenezco. Cuál será el porvenir, lo ignoro; no quiero pensar más que en el presente. Te amo, sí, y quiero decírtelo; te he amado toda mi vida. Tenía diez y seis años, y sólo pensaba en tí sin haberte visto jamás: nuestros padres nos destinaban el uno para el otro. Te adoraba en el colegio y te veía en todos mis sueños estrechando tu imagen contra mi corazón. He ido á Panticosa á través de las montañas; y de los precipicios, sólo para verte, y no lo conseguí, pero después te vi un momento en Burdeos cuando ibas á España con tu padre. Más tarde fui también á Pamplona con esperanza de encontrarte, y allí supe cosas que me destrozaron el corazón. Quise olvidarte cuando te encontré en los Pirineos y creí reconocerte; pero tu nombre y tu acento parisién me lo impidieron. Desde que vivo á tu lado combato, me defiendo, y ahora, en el momento en que quiero odiarte y huir de tí, caigo á tus pies.... ¡Pues bien, héme aquí vencido; te amo, te adoro, me vuelves loco! Tú lo has querido.

—Sí, yo lo he querido—respondió la joven es-

trechando mis manos—y nunca tendré derecho para reprochártelo, pues te has defendido contra mí como un esclavo de tu deber. Esta victoria no es, sin embargo, el resultado de mi habilidad, porque en todo he sido sincera. Me has hablado de tu amor..... Vamos, dime que me amas; dí-melo cien veces, mil. Quiero saborear esa palabra, que es toda mi vida. Mira, creo que cuando deje de oírla, moriré.

La repetí mil veces que la amaba, cubriendo sus cabellos y sus manos de ardientes y castos besos, porque la primera efusión de amor verdadero tiene algo como de paternal. El hombre siente entonces la necesidad de divinizar y de adorar á la débil criatura que se refugia en su seno. Hasta aquel momento me había sentido conmovido y avergonzado á la vez de la sed de aquel amor tan ingenuamente confesado por mi joven enferma. Me encontraba abrasado y humillado á la vez por el fuego de aquella pasión pensando que en cualquiera hubiese podido inspirarla lo mismo.....

Pero dulce y tranquila entre mis brazos Manuela se rehabilitaba á mis ojos; aquella niña no tenía nada de terrenal, y me hacía subir con ella á la región de los ángeles.

¡Pobre joven inocente como la paloma; pero

como ella ardiente y dulce! Yo la había juzgado mal al suponerla capaz de tener miras interesadas, puesto que ahora se entregaba por completo sin querer mirar detrás de sí, y era su alma la que daba sin que para nada interviniesen los sentidos. ¡Los sentidos! ¡Parecía que jamás había aquel ángel oído su lenguaje ni sentido su poder!

Rodeada de mis brazos y apoyada en mi pecho, no sentía ni fiebre, ni estremecimientos, ni turbaciones, repitiendo sin cesar con el candor de una niña mimada: ¡Me ama! Y en el momento en que un deseo material me dominaba, al ver su mirada espiritual y su sonrisa infantil, caía de rodillas ante ella como un ferviente devoto caería delante de su madona adorada.

De pronto nos sorprendió un ruido extraño y el movimiento que en la casa se produjo: yo corrí hácia la ventana.

—¿Qué tienes? — me dijo Manuela; —¿qué temes?

—Me parecía haber oído el ruido de un coche. ¿Si habrá vuelto sir Ricardo?

—Nos hubiese avisado Dolores.

—¡Ah, esa Dolores me es odiosa! ¡Es tu genio del mal! La echarás, ¿verdad?

—La echaré, si tú quieres; pero no eres justo

con ella. Ya ves, le debo la dicha de haber comprendido que tu odio era amor. Yo no quería creerla, pero me ha aconsejado que te hablase francamente, y me he atrevido á riesgo de ser despreciada. ¡Ah! ¡bendito sea el valor que Dolores me ha inspirado!

—¿Pero no te había aconsejado que te entregases sin condiciones? Sin duda espera que aceptaré los dones de sir Ricardo y que ella permanecerá á tu lado.

—Que espere y calcule lo que quiera, ¿qué nos importa? Y si me ha dado malos consejos, ¿crees acaso que yo los he seguido alguna vez?

—¡Ah, perdóname!—exclamé cayendo á sus pies.—Tu lealtad está por encima de todo; ya lo sé, y cuando dudo, soy un cobarde.

—¿Crees en mí?—dijo la joven colocando sus pequeñas manos entre las mías.—¡En fin, Dios mío, bendito seáis! ¡Oh, qué dichosa soy!

—¡Os felicito, señora!—dijo una voz seca y glacial que partía del fondo de la habitación.

En el rayo de luna que se proyectaba entre nosotros y la puerta vimos dibujarse la pálida silueta de sir Ricardo Brundel.

Hice un movimiento para desprender mis manos de las de la joven; pero ésta las retuvo con fuerza.

—No—exclamó—quédate así, para que vea cuánto nos amamos. ¿Acaso deseo yo engañarle?

Pero como sir Ricardo, volviendo la espalda bruscamente, se dispusiese á salir, me dejó, y corriendo hacia él le detuvo.

—Amigo mío, padre mío, perdonadme por haber entregado mi corazón sin consultaros; pero bendecid mi amor, que es siempre digno de vuestra protección.

—Siempre digno.....—replicó el Sr. Brundel con voz alterada;—significa que vuestro honor se ha salvado en una tabla por la casualidad de mi intervención. No es la primera vez que la casualidad os protege, Manuela. Poneos, pues, bajo la protección de esa diosa, porque la mía no sería suficiente.

Era la primera vez que yo oía salir de los labios de sir Ricardo una palabra dura.

—¡Estamos perdidos!—pensé.—¡La amaba!

Manuela debió hacer la misma reflexión, pues bajó la cabeza y quedó anonadada.

Yo estaba resuelto á toda costa á no dejarla ultrajar. Sin embargo, me contuve, porque quería saberlo todo, y ya había recobrado el imperio de mí mismo, esperando una explosión; pero ya sir Ricardo había recobrado á su vez su sangre fría,

y me dirigió la palabra como si nada hubiese pasado.

—Perdonad—me dijo con extremada finura— que me haya distraído hasta el punto de regañar á esta niña delante de vos. Ya hablaremos de ella, pero ahora me retiro porque estoy fatigado. Creía agradaros viniendo á veros, pero la frialdad de vuestra acogida me prueba que para vos al menos, doctor, estoy demás. No me incomodo, porque sé que en ciertas circunstancias hasta los mejores amigos son importunos. ¡Oh Dios mío! yo no lo extraño; solamente censuro la precipitación, la falta de confianza; pero después de la censura viene siempre el perdón, con el cual podéis contar el uno y el otro.

Después de haber hablado así, con acento irónico, se dispuso á salir.

Manuela se colocó delante de la puerta.

—No, no os iréis así—le dijo.—Reñidme, lo merezco ciertamente, puesto que no parecéis contento de mí; acepto todos los reproches, pero quiero justificarme, ó por lo menos explicarme. Estáis fatigado, amigo mío; vais á descansar aquí; os traerán vuestro té y os le serviremos, y después os lo diremos todo.

—Pero si lo sé—replicó el señor Brundel con

una benevolencia un poco burlona, arrojándose en un sillón.—Todo lo he oído. Dolores me ha suplicado que os escuche, á fin de juzgar de la situación. Si me he mezclado en vuestra entrevista, es porque quería evitaros una falta seria: la de entregaros irrevocablemente el uno al otro, sin acordaros de vuestro mejor amigo. Llamad, querida niña. Es hora de que traigan luz.

Quedé sin saber qué contestar mientras que Manuela hacía servir el té y hablaba á sir Ricardo de su viaje con entera libertad de espíritu. Dolores iba y venía rápidamente, escudriñando con muda angustia las palabras y los rostros. Era evidente que nos había hecho traición queriendo dar un gran golpe: romper las cadenas de Manuela y obligar á Ricardo á que nos casara.

Cuando salió, el señor Brundel, que aun no había levantado los ojos para mirarnos, fué á cerrar las puertas y nos miró sonriendo. Aquella sonrisa me pareció forzada y me desgarró el corazón.

—Hijos míos—dijo—ya estamos solos y reconciliados por adelantado. ¿Queréis una explicación? pues voy á daros ejemplo de franqueza..... Sí, de la franqueza más completa.

Se sentó y habló así:

—Sé, doctor, que Manuela — habrá que darle su verdadero nombre— os ha contado punto por punto toda su historia. No tengo nada que rectificar; únicamente debo aclarar un punto que ha quedado dudoso en su espíritu, y por consecuencia en el vuestro. Manuela ha creído por momentos, en el curso de nuestra larga intimidad, que yo había sentido, en despecho de mí mismo, el imperio de su belleza. Pues se ha equivocado por completo. Ni estoy ni he estado nunca enamorado de ella. Nunca le he prometido más que una cosa: no casarme con ninguna otra. Disimuláis mal cierta sonrisa, doctor; pensáis que exagero un poco mi inverosímil y estúpida indiferencia. Me haréis el honor de creer que hubiera sabido resistir hasta la más violenta tentación antes que profanar la santidad de mi adopción; pero de seguro creéis que mi objeto al deciros lo que he dicho, es escapar del ridículo, fingiendo para ello una indiferencia que no tengo. Voy á probaros que soy un verdadero inglés, flemático cuando llega la ocasión. Sabed que venía aquí en la firme resolución de casarme con mi hija adoptiva, si ella me hacía el honor de olvidar mi edad, aceptando mi nombre y mi fortuna. Yo había tomado esta resolución suprema por razones á las que Manuela es absolu-

tamente extraña. Quiero y debo deciros estas razones que son muy graves.

Una casualidad imprevista, inesperada, me ha hecho encontrar á mi hija, mi verdadera hija, perdida, escondida para mí desde su nacimiento. He formado el proyecto de reunirme á ella, de tenerla á mi lado para siempre. Este descubrimiento ha hecho nacer en mí una esperanza, un orgullo, una alegría inmensa; pero no puedo tener á mi lado á esta hija adorada, á quien en mucho tiempo no podré presentar como tal á los ojos del mundo, sin que la calumnia ó por lo menos la sospecha venga á manchar su limpia reputación. La misma injusticia se había cometido, bien á pesar mío, con la pobre Manuela. Pues bien, era preciso impedir una de esas desdichas y reparar la otra. Al casarme con Manuela, del modo más ostensible que se pudiera, aseguraba á ésta la consideración que le es debida, ofreciendo por amiga á mi hija una compañera legítima. Mi casa estaba purificada ante todos por este matrimonio. Llego aquí, después de haber hecho prodigios de actividad, creyendo traer la mejor de las soluciones; pero el amor va aun más ligero que el pensamiento, y os sorprendo en una actitud por completo ajena á mis

planes. Me he desconcertado un instante al pensar en mi hija; pero el mal es reparable. Haré un matrimonio más propio de mi edad y en cuanto al vuestro, hijos míos, creo que el doctor no verá dificultades para efectuarle y no aceptará egoístamente el romántico sacrificio que le ofrecíais cuando yo llegué. He dicho. ¿Qué tenéis que responder?

—¡Nada! — respondió Manuela besándole la mano.— Sois un ángel de bondad, y como siempre mi alma se prosterna ante la vuestra. Queríais hacerme el honor, sabiendo muy bien lo poco que valgo, de elevarme hasta vos en el momento en que un amor verdadero y completo ha reemplazado en mí al amor filial. Entonces he comprendido que había ambición en mi cariño hacia vos; no la ambición de la codicia, sabéis que no conozco ese sentimiento, sino la ambición, la aspiración justa de haber conquistado á un hombre como vos.... La severidad que el doctor ha empleado conmigo me ha iluminado, haciéndome comprender que si os casabais conmigo alguna vez, sería por bondad y no por inclinación. Me he juzgado á mí misma, y he visto que tenía razón. Me felicito de no ser ya un obstáculo en vuestra vida, y siempre quedaré orgullosa de haber recibido vuestras bondades,

des, en lugar de estar humillada; y en lo que me concierne....

—Precisamente— replicó sir Ricardo— de eso es de lo que tenéis que hablarme, por delicado que sea el asunto. Los tres somos personas de educación, y puede decirse que de la misma familia. No hay nada que no podamos decirnos. Sé, Manuela, que amáis sin cálculo y que lo confesáis sin condiciones; ¡lo he oído! eso es muy noble; pero no creo haber desmerecido en mi papel de padre con vos, y os aconsejo que no os estiméis tan poco que os entreguéis así al destino sin ninguna garantía. No me digáis nada, hija mía. Sé que cuando el corazón está sobreexcitado, encuentra la elocuencia que jamás habéis querido estudiar en los libros, porque no creíais necesitar. Sois, Manuela.... ¡lo que sois! una admirable naturaleza de niña, heroica porque jamás miráis el peligro. En fin, sois vos misma, diferente de todas las demás, capaz de rodar al abismo sin haber tenido ni un mal pensamiento. Es necesario que no seáis así. Laureano Bielsa debe comprenderlo, y hasta ahora no he podido arrancarle un monosílabo.

Por fin me decidí á romper el silencio, aunque no me habían explicado á mi gusto todo lo que acababa de pasar.

Rogué al señor Brundel que me dejase hablar á solas con él, y Manuela hizo un movimiento para retirarse.

—¡No!—exclamó el señor Brundel, cuyas mejillas se colorearon vivamente;—no quiero confianzas que uno de vosotros no pueda escuchar. O yo soy un hombre honrado en quien se tiene absoluta confianza, ó estamos representando aquí una infame comedia. Hablad, Laureano, hablad delante de ella, lo quiero; lo exijo. Tengo el derecho de aconsejar, y el deber de hacerlo bien.

Cogí sus temblorosas manos y las estreché contra mi pecho.

—No me toméis por un cobarde—exclamé;—os estimo y os venero. Jamás hubiese aceptado el sacrificio de Manuela, ó si arrastrado por la pasión hubiera olvidado mi deber, pronto hubiese tratado de reparar mi falta. Tengo fe en ella y en vos, y si os parezco vacilante y turbado, es porque tengo otro temor que me atormenta; ¿tendré que deciros cuál es? ¿no lo adivináis? ¡Habláis de heroísmo! ¡Vos sí que sois capaz de heroísmo y sabéis unir á las acciones estoicas toda la bondad de vuestro carácter!... Mirad: si he abusado; si mi felicidad os cuesta un pesar; si ciego y sordo he pagado con ingratitud vuestra

leal amistad, no quiero permanecer aquí ni una hora. Renuncio á Manuela y nunca volveré á verla.

—Está bien, amigo mío—respondió el señor Brundel—en esas palabras os reconozco; pero tranquilizaos: no soy un héroe, sino un hombre razonable; estoy contento al haberos probado que Manuela merece vuestra estimación, puesto que yo no hubiese vacilado en darle mi nombre. Hubiese sentido en el alma no haber adivinado que os amaba esta niña, porque su cariño filial la hubiese obligado tal vez á sacrificarse. He aquí por qué en tan graves circunstancias para el porvenir de todos tres no he tenido escrúpulo en sorprenderos. He llegado á tiempo para saber á qué atenerme, y nada turbará en adelante nuestra amistad. Permittedme ahora que me retire porque estoy muy fatigado de mis rápidos viajes, y en vano lucho contra el sueño. Mañana hablaremos de la salud de Manuela, la que sólo creo alterada por causas morales que ya no existen....

—Pero ¿y la vuestra?—le dije asustado por la alteración de sus facciones, repentinamente cubiertas de mortal palidez.

—¡Oh, no hablemos de eso!—replicó con viveza.—¡Ahora mi vida tiene un objeto! ¡Tengo á mi hija, quiero vivir para ella, y viviré!

Le seguí á su habitación, pero rehusó mis cuidados y me despidió con palabras afectuosas y dulces.

Volví á decir á Manuela que la palabra dada era sagrada para mí, pero que, hasta nuestro matrimonio, no quería volver á verla más que en presencia del señor Brundel.

— Todo lo que tú quieras me parece bien — respondió. — ¡Véte, y que Dios te bendiga por la felicidad que me das!

Estaba de tal manera abatido por tantas emociones, que me dormí profundamente. ¡Hacia tanto tiempo que no conciliaba el sueño! ¡Quince noches que me proponía problemas insolubles! Pero la solución había venido brusca, imperiosa y como fatalmente. Cualquiera que fuese, era el fin de mis angustias, ó al menos me lo figuraba así.

¡Ay, un sufrimiento, un suplicio incomparable á ningún otro iba á comenzar!

XI.

Al día siguiente me sentí como rendido y no pude escribir á mi madre á pesar de ser éste el primer cuidado que hubiese debido tomar.

Me senté ante mi mesa de despacho, y la carta de Juana cayó bajo mi mano. Por un movimiento instintivo la eché en el fondo del cajón, como hacen los italianos supersticiosos cuando ven á la Madona.

Encontré á sir Ricardo muy tranquilo y como absorto en reflexiones á las que yo era extraño.

Durante el almuerzo me interrogó sobre las cosas insignificantes que habían pasado en su ausencia; pero ignoro si oyó mis respuestas. Había para mí no sé qué de espantoso en aquella amabilidad glacial.

En cuanto estuvimos solos,

— Amigo mío — me dijo — ahora vamos á hablar de cosas positivas. El capítulo del sentimiento ha concluído ayer noche. Puedo disponer de pocos días para estar aquí: el tiempo preciso para descansar, y parto. ¿Podéis decirme con fijeza la época en que debo venir á consagrarme á vuestra dicha?

— ¿Pero queréis partir?

— Es absolutamente preciso, y esta vez tengo la dulce certidumbre de que no habéis de estar tristes en mi ausencia.

— En vuestra ausencia no habrá aquí felicidad, si ha de ser á expensas de la vuestra.